



EDELVIVES

ALA DELTA



# El año de los secretos

Laura Santullo

S  
4

Yo era chica, tenía nueve años, así que lo que les voy a narrar puede contener un poco de mentira y un poco de verdad; una mezcla de lo que realmente recuerdo, de lo que me contaron y de lo que creo acordarme pero que seguramente inventé. De cualquier forma, las imágenes guardadas aparecen tan claras en mi cabeza que todas me resultan ciertas por igual, completamente reales y verdaderas, y exactamente así se los voy a contar.

Vivía con mis hermanos y mis padres a las orillas de la ciudad, allí donde las calles

comenzaban a perder el pavimento y las veredas se volvían un pastizal. Al fondo de mi casa crecían ordenadas filas de manzanos, ciruelos y perales, pero más atrás reinaba un caótico ambiente vegetal, oscuras enredaderas y árboles inquietantes como gigantes feroces. Eran otras épocas, poca televisión y cero computadora, pero teníamos la suerte de contar con mucho espacio verde y salvaje. Había animales domésticos y de los otros, o sea perros callejeros fieros y ratas asquerosas. También teníamos muchos vecinos, algunos de ellos torpes y malvados, pero la mayoría buenos amigos. En suma, los días pasaban uno detrás del otro sin repetirse; la vida resultaba entretenida.

Pero aunque todo parecía marchar con normalidad, en realidad eran tiempos difíciles. O así decía mi mamá cada vez que le pedíamos plata para comprar chucherías o cuando quería que nos sosegáramos un poco para poder escuchar las noticias en la radio. Y seguramente debían de serlo para los mayores. Pero los niños no nos enterábamos de nada

y andábamos felices de la vida porque el invierno poquito a poco se iba despidiendo del almanaque, y los días, aunque todavía se sentían fríos, comenzaban a ser más largos, ampliando semana con semana el mundo de posibilidades para jugar.

Tengo dos hermanos mayores: Fabricio, que en esos días acababa de cumplir doce años, y Batán, que tenía once. Este hermano mío al principio se llamaba Sebastián, pero a fuerza de que Fabricio pronunciara mal su nombre cuando era chiquito, todos acabamos diciéndole de este modo. En general no me hacían mucho caso; son varones y jugaban a sus cosas. «Salí de acá, Catalina», fue la frase que me dirigieron con mayor frecuencia durante mucho tiempo; no me compartían sus asuntos ni parecía que mi existencia les importase demasiado. Al menos siempre había sido así, hasta que llegó el final del invierno de aquel año.



Una tarde papá volvió a casa temprano; había salido del trabajo antes de lo normal. Cuando lo vi entrar pensé que estaba enfermo. Además del horario inusual de su llegada, ayudaba a mi percepción el hecho de que estaba pálido y tenía el pelo empapado en sudor. Yo estaba terminando los deberes en la mesa del comedor.

—¿Dónde está tu madre? —quiso saber.

—Salió a hacer los mandados —contesté.

—¿Y tus hermanos?

Ahí aproveché para sacar alguna chispita de maldad.

—Fueron a lo de Rómulo. Mamá les pidió que volvieran temprano, aunque parece que no le hicieron mucho caso.

Pero papá no rezongó, ni llamó a la casa de Rómulo, ni hizo nada sobre aquello. Encendió la tele y se sentó frente a ella.

Yo seguí en lo mío, multiplicando y dividiendo, pero al rato la curiosidad llevó a mis ojos a enfocarse sobre la pantalla del televisor. Aunque papá cambió un par de veces de canal, en todos daban lo mismo y eso me sorprendió. Un señor vestido de militar, sentado muy rígido tras un escritorio, hablaba con mucha seriedad sobre cosas que no entendí. A sus espaldas había una enorme bandera nacional.

Justo en ese momento entró mi madre y se quedó parada en mitad del comedor, atenta al televisor y con las bolsas de la compra en la mano. Cuando el hombre terminó su discurso, la imagen quedó en blanco y lo único que se escuchó a continuación fue el himno

patrio. Mis padres se miraron un momento a los ojos en silencio. Después mi padre dijo:

—Mala cosa.

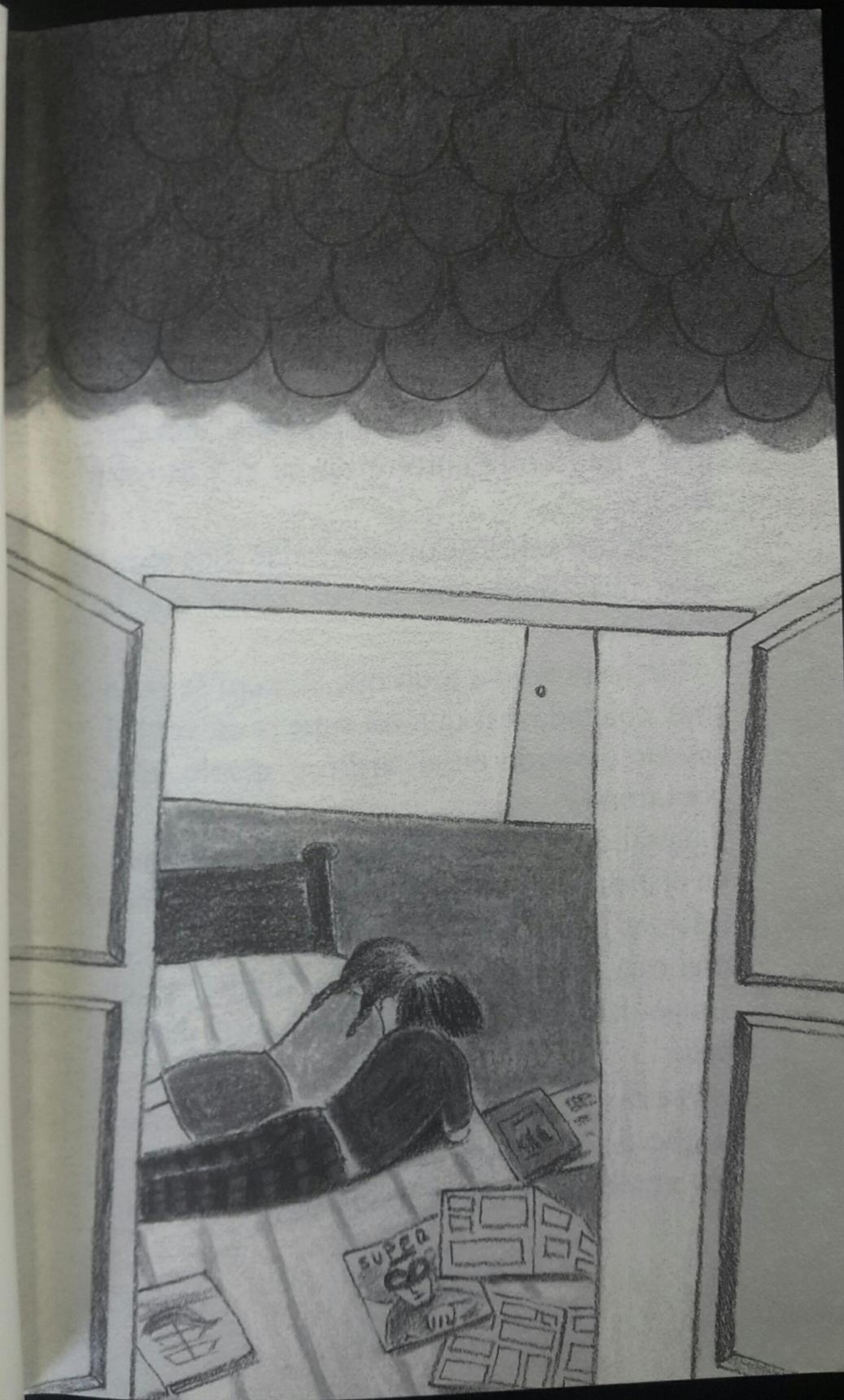
Y eso fue todo.

No recuerdo que en mi casa se hablara mucho de política, y aunque, como repetía mi madre todos los días, «eran tiempos difíciles», mis padres no tenían costumbre de andar criticando a nadie ni participando en manifestaciones contra el gobierno. Lo que en cambio sí ocurría en la casa de mi amiga Fabiola. El padre, la tía, los primos, el abuelo, todos hablaban hasta por los codos de la injusticia, de los malos políticos, de la pobreza y de los milicos que querían el poder. Milicos les llamaban a los militares del ejército. Y un milico acababa de dar un discurso en cadena nacional para todo el país; a mi entender, eso significaba que ya habían tomado el poder. Pero como no estaba completamente segura, pedí permiso para ir hasta la casa de mi amiga con la excusa de buscar un libro de español, pensando que allí conseguiría salir de dudas.

En lo de Fabiola el ambiente era muy distinto. Encontré la casa llena de gente. Estaban sus familiares, claro, pero también otras personas a las que yo no conocía; todos muy alterados y hablando a los gritos. Comentaban del milico de la tele, que ahora mandaría en el país, y eso, según argumentaban preocupados, sería un asunto peligroso. Muchas cosas estarían prohibidas, muchas cosas se volverían secretos.

Aunque seguía sin comprender del todo lo que estaba pasando, concluí que en realidad aquellos milicos eran unos ladrones. Porque si el gobierno pertenecía a todas las personas del país que habían votado a un presidente, y de un golpe los militares sacaban al elegido y se agarraban el gobierno para ellos solos y sin pedir permiso, solamente podía significar una cosa: se lo estaban robando.

Al final, tras mucho ajetreo y discusiones, vi cómo entre todos los presentes sacaban de los armarios montones de libros y hojas impresas para luego hacerlos desaparecer en



el fuego de la chimenea. Después de eso, la casa volvió a quedar tranquila.

Más tarde, a solas y encerradas en su cuarto, Fabiola me contó en susurros un secreto.

—Un amigo de mi abuelo tiene una pistola y anoche la enterraron en el patio del fondo.

—¿Ellos solos? ¿Con una pala? ¿Los viste?  
—la interrogué con la voz ronca por la emoción.

Me respondió a todo que sí, pero se puso toda colorada, así que no supe si en verdad los vio cavando en el jardín o si solo se lo contaron.

Igual quedé muy impresionada pensando en el arma; me preguntaba si la habrían metido así nada más en la tierra o dentro de una caja, si tendría balas y si alguna vez el amigo del abuelo de Fabiola la habría disparado.

Ese día vi por primera vez a Juan Alberto, al que de broma le decían JuanA, por sus dos nombres. A mí el apodo no me pareció

gracioso, porque Juana no es nombre de varón, pero así le llamaban todos sus primos, incluida Fabiola. Juan Alberto tenía diecisiete años, era alto y tenía el pelo y los ojos muy negros. Cuando me lo presentaron me dio mucha vergüenza, no sé por qué.



Después de ese primer día de agitación, pareció regresar la calma. Los padres y madres retornaron a sus rutinas de trabajo y a las mil quinientas tareas de la casa. Y nosotros volvimos a nuestros deberes escolares, a nuestras meriendas con leche y bizcochos, y a inventar nuevas y variadas travesuras.

Batán, Fabricio y Rómulo, nuestro vecino de al lado, formaron una especie de club privado, «clandestino» lo llamaban ellos, y pasaban todo el día secreteándose en el colegio.

Habían elaborado un complicado sistema con cuerdas y poleas que les permitía mandarse mensajitos en papeles que se deslizaban por un hilo de casa a casa, desde las ventanas de sus respectivos cuartos. Solo en una oportunidad tuve la suerte de encontrar un papelito de aquellos que se había desprendido antes de llegar a destino. Me lo guardé en el bolsillo y me fui a encerrar en el baño para leer su contenido. Decía algo así como: «Seis en punto, dos fuertes, tres lentos, traer provisiones». No entendí nada. Me pareció una pavada, pero igual concluí que sería divertido crear mi propio club. Así que invité a Fabiola y empezamos a pensar un lugar para construir nuestra guarida secreta.

Al fondo de casa, donde terminaban la tierra plantada y los árboles frutales, comenzaba la tierra de nadie. Bueno, de nadie no era; en realidad también pertenecía a mis padres, pero como el terreno era muy grande, a esa zona no iban casi nunca los adultos. La vegetación crecía a su aire porque el espacio solo se aprovechaba para dejar algu-

nos desechos. Aquel año, las malas hierbas y el pasto podados al final del invierno se transformaron en una enorme montaña que había ido a parar junto a la cerca de alambre que marcaba el límite de nuestra propiedad. Mirando con Fabiola aquel bulto gigantesco tuvimos una especie de revelación.

—¡Ahí! —exclamamos las dos prácticamente al mismo tiempo.

—Será una guarida archirrecontragenial —agregué entusiasmada.

Después de intentar darle forma con las manos concluimos que hacían falta algunos elementos.

—Hay que traer unas cajas de cartón —propuse.

—Y bolsas de arpillera —opinó Fabiola—. En mi casa hay muchas.

Una vez conseguidos los materiales, y con mucha paciencia, logramos hacer una especie de cueva. No quedó demasiado confortable, pero eso sí, resultaba bien, bien, bien secreta. Imposible notar nada raro por afuera. Parecía solamente un montón de hierba,

ya que la entrada la disimulamos con ramas. Pero lo mejor de todo era que nos pertenecía solamente a nosotras.

Nuestra casa colindaba por el fondo con el terreno de los Pérez Velarde. Aquellos vecinos formaban una familia grande, con montones de hijos. Algunos iban a la misma escuela que nosotros, mientras que los mayores ya estudiaban en el liceo. Uno de ellos, Jeremías, estaba conmigo en clase.

No eran amigos nuestros, porque una vez el más grande de los Pérez Velarde le robó la bicicleta a mi hermano Batán.

Él la había dejado un momento en la puerta de casa porque mamá lo llamó adentro, para darle plata y pedirle que hiciera un mandado. En el momento en que Batán salió, vio cómo Luis Pérez Velarde se subía en la bici y salía pedaleando. Lo empezó a correr y casi lo atrapa. Fue una lástima que le gritara por el nombre para que parara, porque Luis se dio cuenta de que le venían atrás y apuró la marcha. Mi hermano ya no consiguió alcanzarlo.

Batán volvió a casa enojadísimo y mi padre le preguntó muchas, muchísimas veces, si estaba seguro de que el ladrón había sido el vecino.

—Quiero que hagas memoria, no sería correcto acusar a un inocente —señaló muy serio.

—Sé perfectamente lo que vi —aseguró Batán.

Así que mi padre fue hasta la casa de los Pérez Velarde con él y habló con los padres del muchacho. Ellos le contestaron que mi hermano mentía y que los hijos de ellos no eran ningunos «malandras» como para andar robando.

No hubo nada que hacer. Batán se quedó sin bicicleta.

Mi papá no quedó nada convencido y levantó una denuncia en la comisaría. Pero tampoco sirvió de mucho; el teniente que lo atendió no se interesó en absoluto por nuestro caso. Según mi madre, eso fue porque los Pérez Velarde contaban con parientes en la policía.

Desde ese día nos advirtieron en casa que lo mejor sería no meterse con ellos.

—Esos vecinos son gente complicada —sentenciaba papá cada vez que nos enterábamos de una nueva tropelía cometida por alguno de ellos.

Así que también desde ese día, los Pérez Velarde se volvieron nuestros enemigos. En eso sí que hacíamos frente común los hermanos.

Con Fabiola estábamos encantadas porque desde nuestra guarida veíamos el patio trasero de la casa del enemigo, y así nos manteníamos al tanto de todos sus movimientos. Pero lo más genial del asunto consistía en que a ellos ni se les pasaba por la cabeza que los espiábamos. Juntamos un arsenal de piedras y, con una navaja que trajo Fabiola de la casa, afilamos las puntas de unos palos largos y quedamos listas para la guerra. No sabíamos cuándo llegaría la batalla; en cualquier caso, lo importante es que teníamos nuestro propio club secreto y estábamos preparadas para lo que viniera.

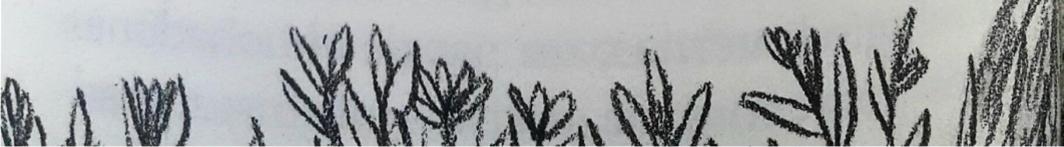


Pasaron dos meses. La primavera estaba en pleno. Nuestra guarida resistía, ahora con el pasto completamente seco. Por suerte había llovido poco aquel año, y en los días en que el agua resultó realmente torrencial, con la ayuda de una lona de plástico habíamos conseguido proteger nuestro escondite para que la lluvia no lo desbaratara.

Ahora, además de las paredes de cartón y nuestras armas secretas, guardábamos dentro del refugio linternas, un par de almohadones viejos y decenas de revistas de historietas.

Gran parte de nuestra actividad consistía en leer y comer ciruelas que arrancábamos de los árboles de casa.

Seguíamos observando a los Pérez Velarde. Contábamos con la novedad de unos binoculares viejos que había conseguido que mi padre me regalara, lo que nos permitía una investigación más detallada. Anotábamos las horas de llegada y salida del padre, la madre y de los dos tíos que vivían con ellos. Con los hijos nos hacíamos lío porque eran demasiados, pero igualmente registrábamos las situaciones que nos parecían raras. Por ejemplo, el mayor, Luis, a menudo volvía a casa con grandes objetos que ocultaba en una bodega del fondo. También lo vimos meter una motocicleta y un par de bicis nuevas. No nos cabía duda de que se trataba de cosas robadas. Pero nos faltaba el valor para acercarnos a ver qué más había allí dentro.





Recuerdo la tarde en la que por fin nos decidimos a cruzar al otro patio. Yo estaba enojada porque mis hermanos se habían ido al centro a comprar ropa.

A ellos no les hacía ninguna gracia ir, pero a mí sí que me hubiera gustado. La cuestión es que mi madre no había querido llevarme, porque, según ella, no me faltaba ninguna cosa. Yo habría aceptado encantada que me compraran unas zapatillas nuevas y se lo sugerí. Mamá hizo que me sacara las que traía puestas y las revisó bien, de arriba abajo, mientras yo la observaba esperanzada.

—No están rotas —dictaminó.

—¡Por favor!

—No te voy a comprar nada. A lo sumo, te regalo un bombón si te portás bien.

—¿Un bombón? ¡Qué generosa! —exclamé indignada y buscando seguir la discusión.

Pero ella me dio un beso en la frente sonriendo muy tranquila y se marchó sin escuchar mis protestas.

En cuanto salieron, decidí gastar mi calzado lo más rápidamente posible. Trepé y bajé tres veces del ciruelo grande, me metí en el barro, y a mitad de la tarde, cuando llegó Fabiola a tomar la leche, se me ocurrió que podríamos colarnos al terreno de los Pérez Velarde para darles a mis viejas zapatillas una gran aventura.

Después de mirar una buena media hora con los binoculares, concluimos que no había gente adentro de la casa, lo que nos permitía merodear por el patio vecino sin mayor riesgo.

Nuestra guarida se apoyaba sobre la cerca de alambre que dividía ambas propiedades, y ya antes nos habíamos tomado el trabajo de sacar tierra bajo la alambrada con la pequeña pala jardinera de mamá, dejando un hueco por el que podíamos pasar a la casa contigua sin problema.

Claro que resultaba fácil planearlo, pero hacerlo era otra cosa.

Todavía puedo recordar el bombeo de mi corazón y el dolor en la barriga que sentí

cuando nos pusimos de pie al otro lado de la alambrada. Estábamos en casa ajena y, además, enemiga.

Por un instante Fabiola me dio la mano, pero yo enseguida se la solté. No fue por fingir ser valiente; yo también estaba asustada, pero sabía que si aflojaba en ese momento me iba a volver para casa sin acercarme ni un metro a la bodeguita de Luis Pérez Velarde, el ladrón.

Mientras avanzábamos por el patio de los vecinos, sentí todo el tiempo que nos estaban vigilando desde las ventanas de la casa, desde los árboles, desde la azotea. Imaginaba que de un momento a otro nos atraparían los Pérez Velarde o, peor aún, la policía. Sin embargo, nada pasó.

Al llegar a la construcción, un pequeño galpón sin ventanas, descubrimos sin sorprendernos que la puerta estaba cerrada con candado. Pero de algo habían servido las largas horas de espionaje: sabíamos que debajo de los ladrillos apilados junto a la puerta tenía que haber alguna llave.

Muchas veces habíamos visto a Luis agacharse y rebuscar entre los bloques, para finalmente ponerse de pie con algo en la mano y abrir. Las dos buscamos, pero fue Fabiola la que dio con la llave. Entramos rápidamente.

Después de esperar algunos segundos a que nuestros ojos se acostumbraran a la semioscuridad del interior, alcanzamos a ver los tesoros escondidos en la bodeguita.

La verdad, nos desilusionamos bastante. No era precisamente la cueva de Alí Babá y los cuarenta ladrones; no había joyas ni oro. Encontramos montones de cosas, es verdad, algunas nuevas y otras estropeadas. La conclusión a la que llegamos fue que Luisito robaba lo que se le ponía enfrente.

Supongo que lo que más me defraudó fue no encontrar la bicicleta de mi hermano. El hurto había ocurrido el año anterior y yo mantenía la ilusión de recuperarle la bici a Batán. En el manubrio llevaba muchas calcomanías de su equipo de fútbol favorito, imposibles de despegar, y yo esperaba reco-

nocerla por ese detalle. Pero no estaba. Seguramente Luis ya la habría vendido. Nos aburríamos pronto y decidimos volver a nuestra guarida antes de que aparecieran los dueños de casa.

Fabiola abrió la puerta y salió al exterior; yo demoré un segundo más, distraída en hojear una revista de historietas que había encontrado ahí dentro.

Justo cuando iba a marcharme, escuché un ladrido feroz acompañado por un grito agudo de mi amiga. Un instante después, Fabiola ya estaba de vuelta en el interior del galpón y se apoyaba contra la puerta cerrada, como temiendo que el animal consiguiera abrirla de un empujón.

—¡Un perro enorme! —gritó.

Yo me resistía a creerlo. Los Pérez Velarde no tenían perro guardián. Algo así no se nos podía haber escapado en nuestra labor de espías; nunca habíamos visto ningún animal dentro de la propiedad.

Mientras pensaba en cómo salir de aquel aprieto, escuchaba claramente al perro que

al otro lado de la puerta olfateaba nuestro olor y gruñía.

—¿Qué vamos a hacer? —exclamó Fabiola muy angustiada—. El perro nos va a dejar encerradas acá hasta que lleguen los dueños.

El galpón no tenía ventanas, pero algunas de las chapas que conformaban las paredes estaban un poco separadas, lo suficiente como para alcanzar a ver entre ellas al perro. No era tan grande ni tan fiero como Fabiola creía. También noté que no llevaba collar y estaba asquerosamente sucio.

Por esos detalles me di cuenta de que no debía ser el perro de los Pérez Velarde ni de nadie. Seguramente se trataba de un perro vagabundo que, aprovechando la ausencia de los dueños de casa, se había metido a husmear, igualito que nosotras dos.

Me calmé y también tranquilicé a Fabiola. Busqué a nuestro alrededor algún objeto que nos sirviera para defendernos y encontré una escoba. Con eso sería suficiente.

—En cuanto abra, te vas corriendo para casa —le indiqué a Fabiola y abrí la puerta

empuñando el palo de la escoba como si fuera una espada.

Fabiola escapó mientras yo amenazaba al perro gritándole:

—¡Cucha! ¡Cucha!

El perro no esperó a ver qué quería hacer yo con el palo y huyó corriendo con el rabo entre las patas, aunque no tan rápido como Fabiola, que ya me esperaba al otro lado de la cerca de alambre.

La alcancé dentro de nuestra guarida. Agotadas por los nervios y la carrera, nos quedamos acostadas panza arriba hasta recuperar el aliento.

Después, cuando nos sentimos completamente a salvo dentro de nuestro refugio, nos vino un larguísimo ataque de risa. No podíamos parar con las carcajadas. Hasta que de pronto, Fabiola interrumpió la broma tomándome por un brazo.

—Cerraste con candado, ¿no? —preguntó poniéndose seria.

Comprendí de inmediato lo grave de nuestra situación y tuve que reconocer que

no lo había hecho. Tampoco había devuelto la llave a su lugar. Nos quedamos heladas.

—Tendríamos que regresar —afirmó Fabiola, pero su voz sonaba insegura.

—Fue mi error, voy yo sola.

—Claro que no.

Lo discutimos rápidamente, pero a pesar de saber que debíamos ir y borrar toda huella de nuestro delito, ninguna de las dos se animó a volver. Al contrario, muertas de miedo, abandonamos nuestra guarida y nos fuimos corriendo a casa.



Fabiola se quedó a cenar, lo que en realidad era bastante normal y corriente. Sin embargo, yo sentía que mis padres estaban preocupados. Hicieron varias llamadas telefónicas y cruzaron a la casa de mi amiga muchas veces en el transcurso de la tarde a la noche. En ninguna de aquellas ocasiones obtuvieron respuesta.

Nos dejaron jugar hasta muy tarde. Evidentemente mis padres esperaban que alguien apareciera a buscar a Fabiola. Al final, al ver que nadie venía, mi madre decidió

que había llegado la hora de dormir. Nos mandó a bañar y a la cama, ya que al otro día teníamos escuela muy temprano.

Para ese momento, ya no solo papá y mamá estaban preocupados; también Fabiola se veía nerviosa.

Nos pusimos los camisones y nos metimos en la cama. Traté de distraerla inventando nuevos planes para atacar a nuestros odiados vecinos Pérez Velarde, pero ella me escuchaba solo a medias. Cada cinco minutos apartaba las frazadas y se hincaba en la cama. Desde allí se asomaba a la ventana, esperando que alguna luz se encendiera en su casa, al otro lado de la calle.

Conversamos mucho rato, hasta que en algún punto de la noche nos quedamos dormidas. Lo siguiente que recuerdo es ver a mi madre, que prendía la luz y entraba al cuarto acompañada por Carlos, el padre de Fabiola. Debía ser muy tarde, porque mamá ya estaba en pijama y bata.

Me llamó la atención que Carlos traía un bolsito de color celeste que dejó junto a la